

Ideología y sociedad industrializada

Por Herbert MARCUSE

La ausencia de libertad, mullida y cómoda, razonable y democrática, que reina en la civilización industrial avanzada, parece ser una marca del progreso técnico. En efecto, ¿qué hay más racional que sofocar la individualidad para mecanizar y "estandarizar" las actividades que siendo necesarias a la sociedad, son —como quiera que sea— dolorosas, que concentrar las empresas individuales dentro de las grandes sociedades más redituables y más productivas, que reglamentar la libre competencia entre sujetos económicos desigualmente armados, que restringir los privilegios individuales y las soberanías nacionales que obstaculizan la organización internacional de los recursos? El hecho de que este orden tecnológico implica igualmente una coordinación política e intelectual es una consecuencia tal vez lamentable pero llena de promesas. Los derechos y las libertades que han jugado un papel esencial durante las primeras etapas de la sociedad industrial retroceden ante el advenimiento de una etapa más avanzada de esta sociedad: pierden su razón de ser y su sustancia tradicionales. Las libertades de pensamiento, de palabra y de conciencia (de la misma manera que la libre empresa que ellas han contribuido a promover y a proteger) eran ideas esencialmente críticas, concebidas para reemplazar una civilización material e intelectual sobrepasada por otra más racional y productiva. Una vez que han pasado al ámbito de las instituciones, estos derechos y estas libertades han compartido la suerte de la sociedad de la que habían pasado a formar parte integrante. El resultado alcanzado anuló las promesas iniciales.

En la medida en que la satisfacción de las necesidades vitales, fundamento concreto de toda libertad, se convierte en una posibilidad real, las libertades que son propias de un estado de menor productividad pierden su contenido tradicional. La independencia de pensamiento, la autonomía y el derecho de oposición política quedan entonces desposeídos de su función crítica fundamental en una sociedad que, en su organización actual,

parece cada día ser más capaz de satisfacer las necesidades de los individuos. Tal sociedad puede equitativamente exigir la subordinación a sus principios y a sus instituciones, y puede reducir la oposición a la discusión y al enfoque de políticas intercambiables en el cuadro del *status quo*. Desde este punto de vista, importa poco que la satisfacción siempre mayor de las necesidades esté realizada por un sistema autoritario o no; conforme asciende el nivel de vida, el no-conformismo con el sistema mismo aparece como socialmente inútil, aún más inútil si esta oposición lleva consigo inconvenientes económicos o políticos y pone en peligro la buena marcha del conjunto. De hecho, si no se consideran más que las necesidades vitales, no es posible darse cuenta de por qué la producción y la distribución de los bienes y de los servicios debería hacerse mediante el juego de las libertades individuales. En la esfera económica, la libertad nunca ha sido un beneficio absoluto para la gran mayoría de la población. Libertad de trabajar o de morir de hambre, ello significaba el menester, la amenaza de la desocupación y la angustia; así, también la eliminación de la necesidad inherente al individuo de afirmarse como libre sujeto económico en la lucha por la existencia, sería uno de los más grandes logros de la civilización y el proceso tecnológico —que lleva cada vez más hacia una mecanización y hacia una "estandarización" más completas—, y permitiría —economizando el gasto de energía individual consagrado ahora al trabajo enajenado— que esta energía liberada se dirigiera hacia los dominios que están más allá del reino de la necesidad. La estructura misma de la existencia se vería transformada. El hombre existiría como individuo en la medida en que estaría liberado de un aparato que le impone necesidades y exigencias, sería libre de ejercer su autonomía y de disponer de su propia vida. Esta autonomía no estaría en contradicción con una planificación que dirige el aparato hacia la satisfacción de las necesidades vitales, y tal control, lejos de destruirla, la haría, por el contrario, más



"¿qué hay más racional que sofocar la individualidad para mecanizar las actividades?"

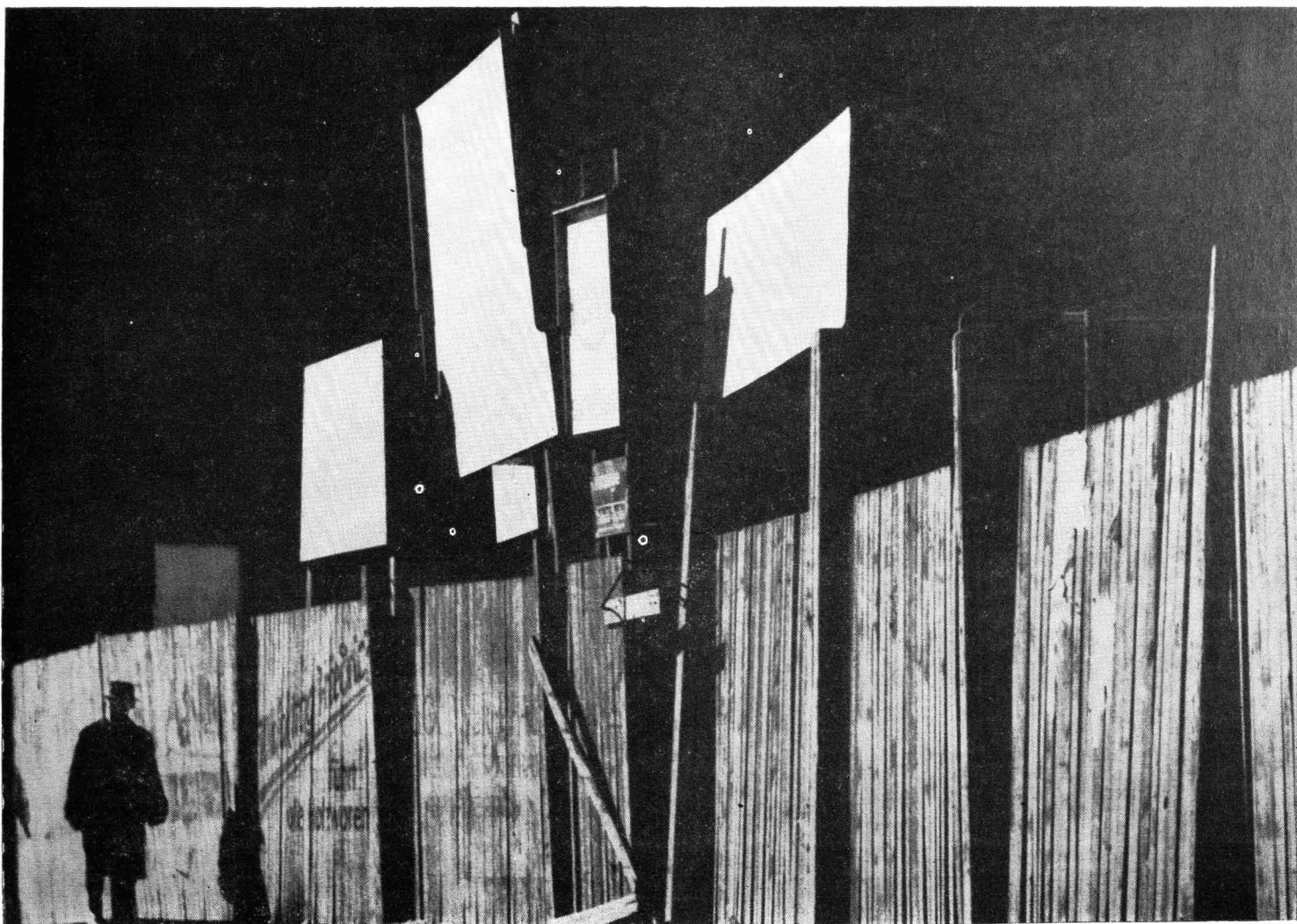
asequible. Sería un objetivo que la civilización industrial avanzada es capaz de conseguir, el "fin" de la racionalidad tecnológica.

Pero en la realidad se manifiesta la tendencia contraria: el sistema impone sus exigencias económicas y políticas de defensa y de expansión sobre el tiempo de trabajo y sobre el tiempo libre, sobre la cultura material y sobre la cultura intelectual. De acuerdo con la manera en que ha organizado su base tecnológica, la sociedad industrial contemporánea tiende a ser totalitaria, pues el totalitarismo no es solamente una coordinación política terrorista de la sociedad, sino también una coordinación económica y técnica no-terrorista destinada a la manipulación de las necesidades mediante los intereses establecidos, que de esta manera prefigura la formación de una oposición válida contra el conjunto organizado por estos intereses. No es solamente una forma específica de gobierno o de dictadura de un partido lo que constituye el totalitarismo, sino igualmente un sistema específico de producción y de distribución que puede perfectamente ser compatible con una pluralidad de partidos, una prensa libre, fuerzas de compensación, etc. . . En la época contemporánea el poder político se impone al conjunto de la sociedad por intermedio del poder tecnológico. El gobierno de las sociedades industriales evolucionadas o en evolución no puede ser mantenido si no consigue movilizar, organizar y explotar la productividad técnica, científica y mecánica de la que dispone la civilización industrial, y esta productividad tiende a movilizar la sociedad en conjunto, más allá de los intereses particulares, individuales o de grupo. El hecho bruto de que la fuerza física (¿únicamente física?) de la máquina sea superior a la del individuo y la de todo grupo dado de individuos, hace de la máquina el más eficaz de los instrumentos políticos en toda sociedad cuya organización descansa sobre el maquinismo. Pero en virtud del mismo hecho, la tendencia política puede ser invertida, pues la fuerza de la máquina no es sino la fuerza del hombre sintetizada y presentada bajo otra forma. En la medida en que el mundo del trabajo está concebido como una máquina y en que está mecanizado de acuerdo con esta concepción, se convierte en la base *potencial* de una nueva libertad.

La civilización industrial contemporánea manifiesta que ha llegado a una etapa en que la "sociedad libre" no puede ya ser definida convenientemente en términos tradicionales de libertad económica, política e intelectual. No porque estas libertades

hayan perdido su significación, sino porque están demasiado cargadas de significación para ser encerradas dentro de las fórmulas tradicionales; ellas exigen nuevos modos de realización que correspondan a las posibilidades de la sociedad. Pero estos nuevos modos no pueden ser expresados más que en términos negativos, porque ellos representan la negación de los modos de libertad actualmente en vigor. Así, la libertad económica consistiría en ser independiente de la economía; dicho de otra manera, el hombre ya no estaría determinado por las fuerzas y las relaciones económicas: estaría liberado de la lucha cotidiana por la vida, exento de ganarse su pan. La libertad política significaría la liberación de los individuos de la política sobre la que no ejercen una acción efectiva, la desaparición de la política como rama y función separadas de la división del trabajo en la sociedad. De la misma manera, la libertad intelectual significaría el restablecimiento del pensamiento individual después de su absorción por la información y el indocinamiento de masas, la abolición de la "opinión pública" a la vez que la de los que la crean. El hecho de que estas proposiciones parezcan irreales denota no su carácter utópico sino el predominio de las fuerzas que impiden su realización por el acondicionamiento previo a las necesidades materiales e intelectuales que perpetúan formas arcaicas de la lucha por la vida.

El condicionamiento previo estandarizado de las necesidades no es necesariamente represivo por naturaleza. Por el contrario, la eliminación de la necesidad de diversificaciones estúpidas o costosas o de las necesidades de libertades de ganancia y de agresión bien puede ser una condición previa necesaria para la liberación. La concentración de todos los esfuerzos hacia la producción y distribución de lo que es necesario a todos, implica el sacrificio de las diversidades inútiles, incluyendo las formas ilusorias de libertad, como lo son aquellos dominios en los que la libertad ha perdido toda significación y toda autenticidad. (Por ejemplo, la libre competencia con base en precios decididos por las grandes empresas, la libre discusión después de la exclusión de toda opinión verdaderamente desviacionista, una prensa libre que se censura a sí misma mejor de lo que lo haría cualquier censor oficial, la libre elección entre diferentes marcas y diferentes productos inútiles.) Tal libertad puede ser transformada en un poderoso instrumento de dominación. No es la extensión de la elección propuesta al individuo la que determina el grado de libertad del hombre sino *aquello que efec-*



"Tal sociedad puede equitativamente exigir la subordinación a sus principios y a sus instituciones"

tivamente puede ser elegido por el individuo y aquello que de hecho elige. El criterio de la libre elección no puede ser jamás un criterio absoluto, pero tampoco puede ser por entero relativo. La libre elección de los amos no suprime a los amos y a los esclavos; la libre elección entre una gran variedad de bienes y de servicios no representa una libertad si, como intentaremos mostrarlo, estos bienes y estos servicios son medios de dominación social sobre una vida de trabajo y de inseguridad, o sea si favorecen la enajenación.

Las necesidades humanas existentes no bastan por sí mismas para definir la extensión de aquello que es indispensable satisfacer. Las únicas necesidades que, por su existencia misma, exigen absolutamente ser satisfechas, son las necesidades vitales, es decir: la alimentación, la instrucción, el vestido y la habitación que corresponden al nivel de civilización alcanzado, y esto para todos los hombres y en el mundo entero, pues su satisfacción es la condición previa de la realización de *todas* las necesidades, aun de las necesidades sublimadas.

Más allá del nivel vital, las necesidades humanas tienen un carácter histórico en el sentido de que su aparición, tanto como su derecho de satisfacción, son el producto de una sociedad dada y están por consiguiente sometidas a crítica y son susceptibles de ser apreciadas según criterios políticos: uno puede preguntarse si su satisfacción responde a una necesidad individual, humana o solamente a una necesidad social, a una necesidad impuesta al individuo en interés de una sociedad que se apoya sobre la represión de la libre evolución de las necesidades. Que la satisfacción de estas necesidades sociales sobreimpuestas satisfagan igualmente al individuo y lo hagan más feliz no es un criterio decisivo. Existen falsas necesidades y necesidades reales; las primeras son las que perpetúan el trabajo penoso, la agresividad y los poderes establecidos (como por ejemplo la necesidad de cambiar de automóvil cada dos o tres años, la necesidad de descansar ante la televisión, de vivir en igualdad de condiciones que los vecinos, de enriquecerse). En última instancia la cuestión de saber cuáles son las necesidades reales es algo que depende de los propios individuos, a condición de que sean capaces de autonomía, capaces de dar una respuesta personal. Mientras sean indoctrinados y manipulados por una sociedad sobreimpuesta (manipulados aun en sus instintos), su respuesta a esta pregunta no puede ser considerada como una respuesta personal. Pero, además, ningún tribunal puede arrogarse el derecho de decidir qué necesidades deben ser creadas y satisfechas. De todos modos eso no resuelve el problema de una dictadura verdaderamente educativa, y una sociedad que tiende a someter su propia población a una administración total, no tiene el derecho de impugnar o de burlarse de tal idea.

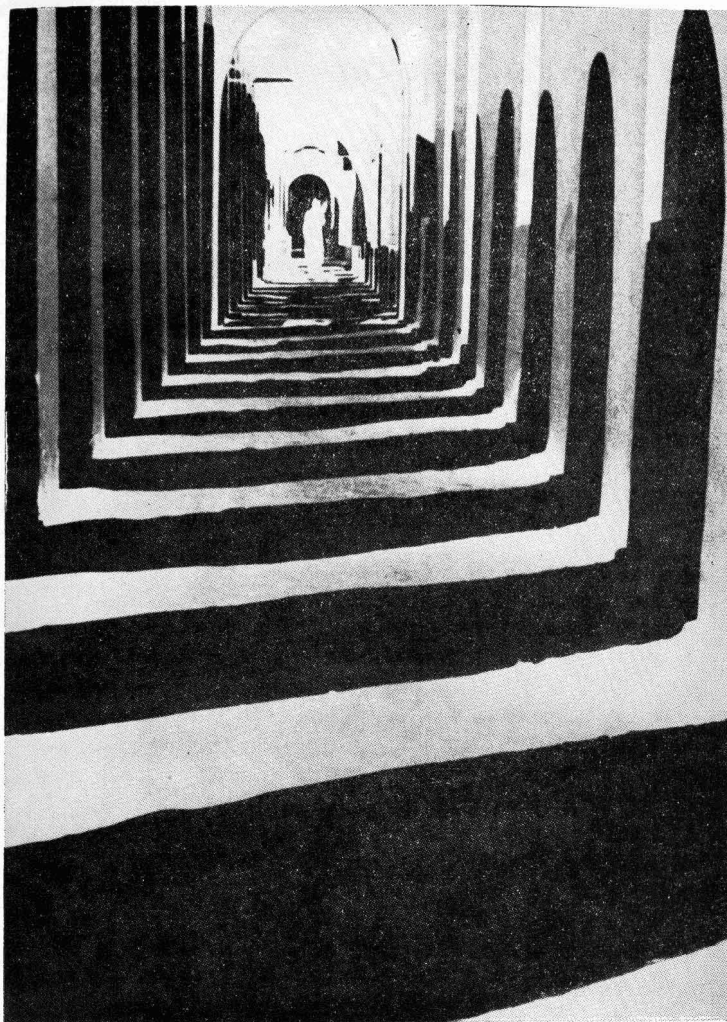
La tendencia totalitaria de la sociedad industrial avanzada convierte la distinción entre las necesidades sobreimpuestas y las necesidades auténticas en algo puramente teórico: la transformación de necesidades sociales en necesidades individuales es tan real que parece imposible o arbitrario distinguirlas. ¿Puede acaso diferenciarse en los medios de información el papel de información propiamente dicho y el de distracción, del papel de indoctrinación y de manipulación? ¿Puede distinguirse en el automóvil su aspecto problemático de su aspecto práctico?, ¿en la arquitectura funcional sus fealdades de sus comodidades?, ¿las industrias que trabajan para la defensa nacional de las que trabajan para su propia utilidad?, ¿el placer individual de la utilidad política y comercial que acompañan el crecimiento del índice de natalidad? Nos encontramos nuevamente frente a uno de los aspectos más irritantes de la civilización industrial avanzada: el carácter racional de su irracionalidad. Su productividad y su eficacia, su aptitud para acrecentar y difundir las comodidades, para transformar lo inútil en necesidad y la destrucción en construcción, la extensión de su transformación del mundo-objeto en realización del espíritu y del cuerpo del hombre, todo ello hace dudar de la noción misma de enajenación. Las gentes se reconocen en su comodidad; encuentran su alma en su automóvil, en su aparato de radio, en su apartamento *duplex*, en sus aparatos domésticos. El mecanicismo mismo que aún al individuo a su sociedad ha cambiado.

Las formas actuales de la empresa en la sociedad son tecnológicas en un nuevo sentido. Es un hecho indudable que la estructura y el rendimiento técnico del sistema productivo (o destructivo), han jugado un papel de gran importancia para lograr la sumisión de la población a la división del trabajo en la sociedad durante todo el periodo moderno. Además, esta integración siempre ha estado acompañada de formas de sujeción más manifiestas: pérdida del empleo, justicia, policía, fuerzas armadas. Y todavía lo sigue estando. Pero en la época contemporánea la empresa tecnológica aparece como la encarnación

misma de la Razón para el mayor bien de todos los grupos e intereses de la sociedad a un grado tal que toda contradicción parece irracional y toda oposición imposible. No ha de sorprender, por tanto, que en los países en los que esta civilización es más avanzada, la empresa social se interioriza de tal manera que la rebelión del individuo es afectada hasta sus raíces: la negativa del intelectual y del hombre sensible a seguir al rebaño es considerada marca de neurosis y de impotencia. El aspecto socio-psicológico del acontecimiento político es lo que caracteriza a la época contemporánea: la desaparición de las fuerzas históricas que, en la etapa precedente de la sociedad industrial, parecían ofrecer la posibilidad de nuevas formas de existencia.

Pero la interiorización ya no es quizá la expresión que más conviene para describir la manera en que el individuo, por sí mismo, reproduce y perpetúa la empresa exterior ejercida por la sociedad a la que pertenece. Interiorización sugiere una diversidad de procesos relativamente espontáneos por medio de los cuales un yo, un *ego*, convierte lo extremo en interno; interiorización implica por lo tanto la existencia de una dimensión interior distinta e inclusive enemiga de las presiones exteriores, una conciencia y un inconsciente individuales, al margen de la opinión y del comportamiento públicos en este caso. La noción de libertad interior es efectiva: designa el dominio privado en el que el hombre puede seguir siendo él mismo, en contraposición a los otros dominios en los que existe con y para los demás hombres. Así, es precisamente este dominio interior el que ha sido invadido y desmenuzado por la realidad tecnológica: la producción en masa y la distribución masiva reivindican al individuo *todo entero* y la psicología industrial ha franqueado desde hace mucho los límites de la fábrica. Los múltiples procedimientos de introyección parecen haberse osificado en reacciones casi mecánicas. El resultado no es una adaptación sino un mimetismo: una identificación directa del individuo con el medio al que pertenece y por intermedio de este último, con el conjunto de la sociedad. Esta identificación inmediata, espontánea (que según una doctrina sociológica influyente distingue a la comunidad de la sociedad), reaparece en la etapa de la civilización altamente industrializada. Sin embargo, este nuevo carácter inmediato es el producto de un proceso complicado y científico de manipulación y de organización. Este proceso provoca el desmenuzamiento de la dimensión interior del espíritu allí donde la oposición y la protesta en contra del *status quo* pueden enraizar, allí donde reside la fuerza del pensamiento negativo, la Razón como fuerza crítica de refutación. La pérdida de esta dimensión se hace manifiesta en el debilitamiento de los elementos no-apologéticos, no-conformistas de la ideología, de estos valores, representaciones, ideas mal definidas que estaban presentes no solamente en el vocabulario básico de la literatura y de la filosofía, sino igualmente en el lenguaje corriente. Como las obsesiones y las ideas oscurantistas, los modos de pensamiento auténticamente antagónicos se convierten en víctimas de la lucha del positivismo contra la metafísica: ellos desafían toda posibilidad de validación en términos de realidad establecida. Ellos son no-operacionales y llevan más lejos que esta realidad; pero si la trascienden es para desembocar no en la nada sino en otras posibilidades históricas sujetas a interdicción. Su eliminación forma parte de la *unidimensionalidad* de pensamiento y de comportamiento que reina en la civilización industrial avanzada. Así se constituye un cuadro de pensamiento y de comportamiento en el que las ideas, las aspiraciones, los objetivos y los valores que, por su contenido, trascienden el universo establecido de las palabras y los actos, son o bien rechazados, o bien reducidos en términos de este universo, absorbidos por la racionalidad infusa y omnipresente de lo que es y de lo que *puede* ser en los límites de esta racionalidad.

Se puede relacionar esta tendencia con un desarrollo reciente del método científico: el operacionalismo de las ciencias físicas y sociales. Su significación está restringida a la representación de las operaciones particulares o de un comportamiento particular. El punto de vista operatorio está bien ilustrado por el análisis del concepto de longitud hecho por P. W. Bridgman: ¹ "Sabemos, por supuesto, lo que entendemos por longitud si podemos decir lo que es la longitud de cualquier objeto. El físico no exige nada más. Para encontrar la longitud de un objeto debemos proceder a ciertas operaciones físicas. El concepto de longitud está por lo tanto determinado en cuanto las operaciones por medio de las cuales se mide la longitud están determinadas: dicho de otra forma, el concepto de longitud implica, de manera necesaria y suficiente, la serie de operaciones que sirven para determinar la longitud. De una manera general, entendemos por concepto nada más que una serie



"negación de los nudos de libertad actualmente en vigor"



"actividades de vacaciones, asimiladas por el status quo como parte de su propia higiene"

de operaciones: el concepto es sinónimo de la serie de operaciones correspondientes."²

Bridgman ha visto bien las implicaciones profundas que tiene para la sociedad entera este modo de pensamiento: "La adopción del punto de vista operacional implica mucho más que una restricción del sentido que damos a la palabra concepto y representa de hecho un cambio muy importante de todos nuestros hábitos de pensamiento, por el hecho de que ya no nos permitimos utilizar como útiles de pensamiento los conceptos que no podemos definir convenientemente en términos de operaciones."³

La predicción de Bridgman se ha realizado. El nuevo modo de pensamiento es hoy en día la tendencia prevaleciente en la filosofía, en la psicología y en la sociología. Un buen número de conceptos capaces de inquietar seriamente a los espíritus son eliminados mediante la demostración de que no son adecuadamente explicables en términos de operación o de comportamiento particular. Así, este empirismo total da justificación científica a la necesidad de purgar al espíritu de los elementos no-conformistas del pensamiento y el comportamiento intelectual corresponde perfectamente al comportamiento social. Fuera de las universidades, "la importantísima transformación de nuestros hábitos de pensamiento" tiene verdaderamente consecuencias bastante graves. Los nuevos hábitos de pensamiento sirven para coordinar las ideas y los fines de individuos particulares con las ideas y los fines que el sistema establecido de la sociedad exige, sirven para encerrarlas dentro de este sistema y para rechazar las ideas y los fines irreconciliables con el sistema. El triunfo de tales hábitos de pensamiento no quiere decir que reine el materialismo ni que las actividades espirituales, metafísicas y bohemias estén perdiendo velocidad. Por el contrario se habla mucho de "Semana de la Adoración", "¿Por qué no prueba con Dios?", de filosofía Zen, de costumbres existencialistas y beatniks, etcétera... Pero tales modos de trascendencia no están ya en contradicción con el *status quo* y tampoco lo niegan. Son más bien el aspecto ritual de un *behaviourismo* privilegiado, actividades de vacaciones y de ocio que son asimiladas rápidamente por el *status quo* como partes de su propia higiene.

El pensamiento unidimensional se ve sistemáticamente estimulado por aquellos que hacen la política y por aquellos que lo proveen de la información para las masas; su lenguaje está poblado de hipótesis que son peticiones de principio y que repetidas continuamente por la publicidad se convierten en definiciones o lecciones de carácter hipnótico. Así, por ejemplo, las instituciones que entran en juego o con las que se juega en los países del Mundo Libre, son libres. Los modos de libertad que las trascienden son denominados anarquistas, comunistas, o mera propaganda. Todo atentado sufrido por las empresas privadas que no esté promovido por la iniciativa privada misma (o en lo que se refiere a contratos con el gobierno) es socialista, como por ejemplo el aseguramiento, enfermedad universal y completa, la protección de las localidades contra una comercialización demasiado intensa o el establecimiento de servicios públicos que pudieran perjudicar las ganancias privadas. Esta lógica totalitaria del hecho consumado tiene su contrapartida en el Este. Allí la libertad es el modo de vida instituido por el régimen comunista y todos los otros modos de libertad que la trascienden son ya sea capitalistas, o revisionistas, o productos del sectarismo de izquierda. En ambos campos las ideas no-operacionales son antisociales, anticientíficas y subversivas. La Razón queda transformada en sumisión a los datos concretos de la vida y a su capacidad dinámica de aumentar el número y la importancia de estos datos conservando al mismo tiempo el mismo modo de vida. Sin embargo, estos datos concretos no son los datos verdaderos. La opacidad de su fuerza y de su eficacia impide reconocer en forma definitiva que este mundo-objeto no contiene nada que no esté establecido o aceptado por una *praxis* represiva. Este hecho capital no entra dentro del pensamiento y el comportamiento cotidianos. He afirmado que tal vez ya no tiene sentido hablar de enajenación. A pesar de ello, estas dos proposiciones aparentemente contradictorias convergen, pues si los individuos se vuelven a encontrar en las cosas que modelan su vida, no es promulgando sino aceptando la ley de las cosas, que no es una ley física sino una ley de la sociedad. Durante el periodo ascendente del racionalismo moderno existía un contraste notable entre un radicalismo crítico extremo en las ciencias y en la filosofía, y un quietismo acrítico extremo en la actitud adoptada ante las instituciones sociales en vigor. El *ego cogitans* de Descartes debía pasar en silencio a "los grandes cuerpos públicos" y Hobbes sostenía que "la forma de gobierno actual debería siempre ser preferida, conservada y

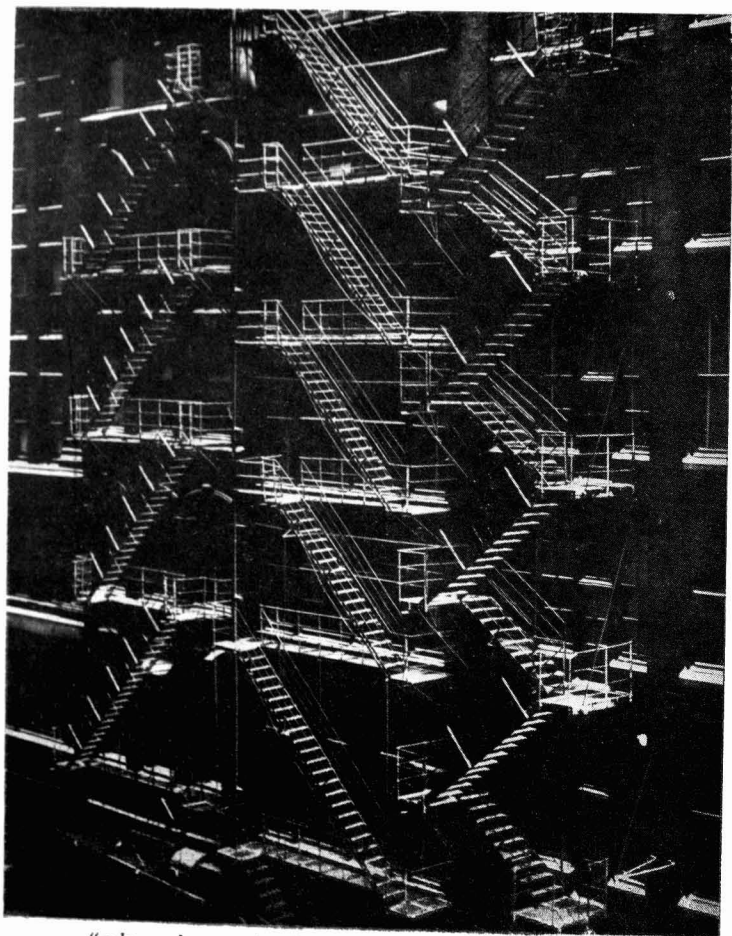
considerada como la mejor". Esta dicotomía existe aún. El dinamismo que profesa y practica ideas muy dinámicas sobre el progreso y el acrecentamiento de la dominación del hombre sobre la naturaleza y sobre la sociedad, se detiene en cuanto hay que poner en juego no solamente la forma de gobierno sino la sociedad misma, en cuanto una transformación cuantitativa implicaría una transformación cualitativa, es decir, la realización de posibilidades que destruirían los modos de vida establecidos en la sociedad. Las otras soluciones pueden ser mejores o peores desde el punto de vista de la existencia del hombre, pero de todos modos para poder evaluarlas hay que ser capaz de pensar en términos no-operacionales y libres de *behaviourismo*. Esta libertad no es solamente una cuestión concerniente al "hombre interior", una cuestión de conciencia moral y de lucidez, sino que depende de las condiciones de la sociedad que permiten a los individuos separarse de los hechos establecidos, ella depende de un campo político a la vez que privado en el que esta separación puede construir y "experimentar" las otras soluciones históricas posibles. Pero este tipo de operaciones es rechazado por la sociedad y los *behaviouristas* mismos fortalecen esta represión. Estando cerrado el terreno en el que podría llevarse a cabo la trascendencia, el elemento progresista del operacionalismo queda aniquilado: el método de verificación y de falsificación procede de un *a priori* que prejuzga su campo de acción y sus conclusiones. En estas circunstancias, el operacionalismo se hace unidimensional y se transforma en arma de defensa del *status quo*, en violento contraste con la situación del empirismo durante los siglos XVII y XVIII (cuando contribuía a abrir un universo cerrado), y en contradicción flagrante con las intenciones declaradas del operacionalismo contemporáneo. La insistencia con la que se exige mantenerse dentro de los conceptos operacionales se opone a los esfuerzos consumados para colocar la conciencia ante las alternativas históricas.

Es inútil precisar que la responsabilidad de estas tendencias no incumbe ni a la doctrina operacional ni al método de análisis científico empírico. La teoría y la práctica tienen un terreno común en la organización adquirida de la sociedad industrial avanzada, en la que la racionalidad tecnológica es al mismo tiempo racionalidad política y, por medio de la dominación de la naturaleza, intensifica la dominación del hombre por el hombre. Sobre este terreno común el operacionalismo teórico y el operacionalismo práctico se funden para fraguar en el molde del comportamiento unidimensional. Las conquistas del progreso no dan lugar a la justificación o a la conde-

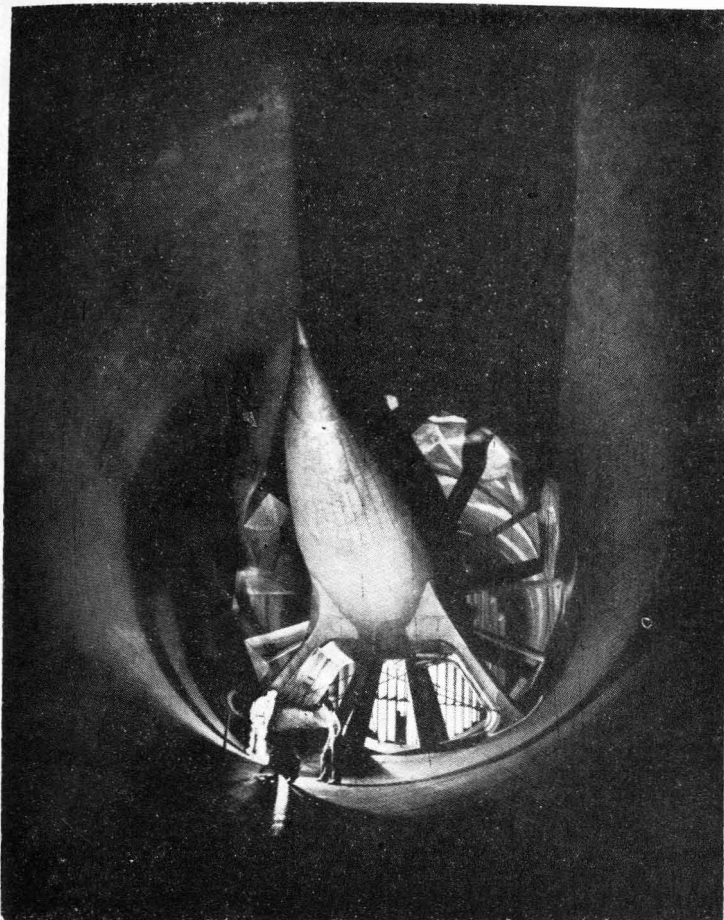
nación ideológicas; ante su realidad, la falsa conciencia se debilita al mismo tiempo que la conciencia exacta de las otras soluciones históricas posibles. Sin embargo, esta absorción de la ideología en la realidad no significa el fin de la ideología. Por el contrario, en cierto sentido, la civilización industrial avanzada es *más* ideológica que la civilización precedente, puesto que, hoy en día, la ideología se encuentra dentro del proceso de producción mismo.⁴ Bajo una forma osada, esta proposición revela los aspectos políticos de la racionalidad tecnológica actual. El aparato productivo y los bienes y los servicios que produce, "venden" o imponen el sistema social en bloque. Los medios de transporte o de comunicación en masa, la vivienda, la alimentación y el vestido, la tentación irresistible que plantea la industria del espectáculo y de la información, todos estos bienes y todos estos servicios comportan ciertas actitudes y ciertos hábitos impuestos, ciertas reacciones intelectuales y emocionales que ligan de una manera más o menos agradable a los consumidores, a los productores y al conjunto de la sociedad por mediación de estos últimos. Los productos inductivos y manipulan a sus consumidores; suscitan una conciencia errónea. Y a medida que estos productos benéficos llegan al alcance de un mayor número de individuos, en una extensión mayor de clases sociales, el inductivismo que transmiten deja de ser publicidad para convertirse en un modo de vida. Es un modo de vida agradable, mucho más agradable que antes, y puesto que es un modo de vida agradable, milita contra una transformación cualitativa.

El operacionalismo unidimensional de la civilización industrial avanzada revela aquí su función histórica. Habiendo sido engendrado por instituciones que se convierten en obstáculos al consumo racional del progreso técnico, este modo de pensar y de comportarse tiene por fin mantener el progreso en la dirección fijada por estas instituciones. El progreso técnico tiene una finalidad histórica, es decir, el mejoramiento de la condición humana. Así, tiende hacia un punto o un nivel a partir del cual, si se le conservara manteniendo la dirección y la organización actuales, invertiría esta dirección y esta organización. Este nivel se vería atacado en el momento en que la producción material (incluyendo los servicios necesarios) pudiera ser mecanizada al punto en que todas las necesidades vitales pudieran ser satisfechas simplemente reduciendo el tiempo de trabajo necesario al tiempo marginal. Más allá de este punto el progreso técnico sobrepasaría el dominio de lo necesario en el que servía de instrumento de dominación y de explotación y que limitaba su racionalidad. La tecnología entraría en el dominio del libre juego de las capacidades, en el esfuerzo de pacificación de la naturaleza y de la sociedad. La noción de la abolición del trabajo de Marx contiene la visión de un estado análogo; la expresión "pacificación de la existencia" parece convenir mejor para designar la opción histórica de un mundo que se propone bajo el signo de una guerra total, cuya amenaza transforma y suspende las contradicciones internas de las sociedades existentes. La "pacificación de la existencia" quiere decir que en la lucha del hombre contra el hombre y contra la naturaleza, las necesidades, los deseos y las aspiraciones que se contraponen no estarían ya organizadas por los intereses establecidos en la dependencia y en la penuria, por un sistema que perpetúa las formas destructivas de esta lucha.

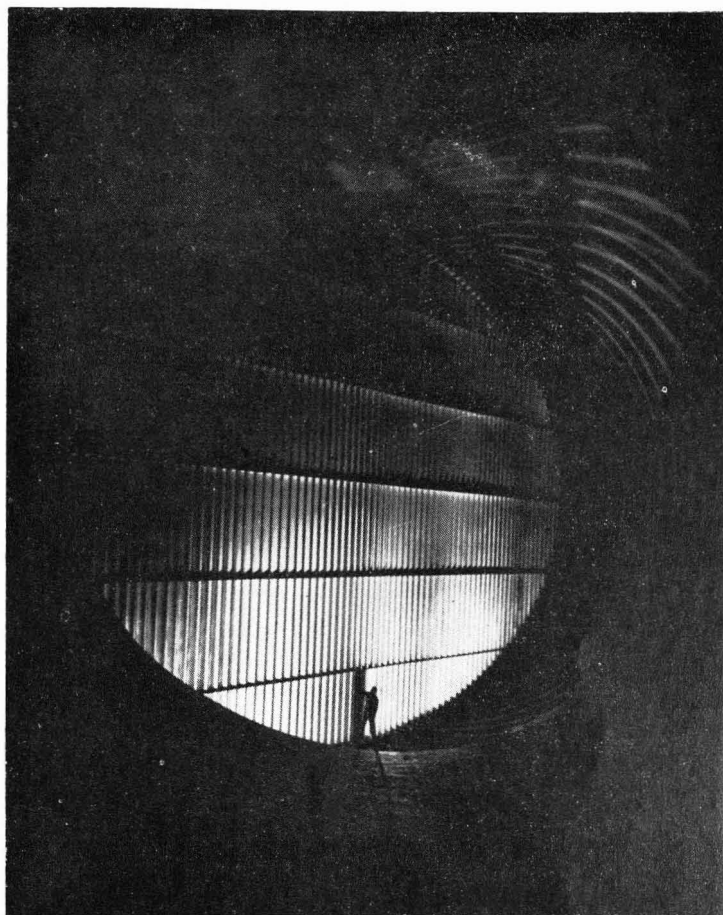
Una transmutación tal de la lucha por la existencia parece el "fin natural" de la tecnología, el "fin" en su doble aceptación de logro y terminación, de la liberación y del trastocamiento del progreso técnico. Antes de abordar su análisis, quisiera volver a decir hasta qué punto este fin es incompatible con las instituciones sociales que, en su funcionamiento mismo, se basan en las exigencias del trabajo necesario a la sociedad como ocupación de tiempo completo, y sobre la moral pública y privada surgida de estas exigencias. La amenaza dirigida contra los intereses establecidos está muy bien dirigida contra el conjunto, que ellos han organizado tan eficazmente que la domesticación de los hombres se acrecenta en función de la elevación del nivel de vida. La resistencia de la sociedad a la opción histórica que haría explotar este conjunto benéfico, encuentra así una base amplia y sólida en las capas profundas de la población y su ideología en la orientación rígida del pensamiento y del comportamiento sobre los datos y las posibilidades determinadas. Validado por el éxito de la ciencia y de la tecnología, justificado por su productividad creciente, el *status quo* desafía toda trascendencia: las naciones industriales evolucionadas, confrontadas con la alternativa histórica de una pacificación basada en su nivel técnico e intelectual, rechazan esta alternativa. El operacionalismo, en la teoría y en la práctica, se convierte en la teoría y la práctica de la restricción.



"colocar la conciencia ante las alternativas históricas"



"el progreso técnico sobrepasaría el dominio de lo necesario"



"productividad del trabajo empleada para la perpetuación del trabajo"

En tales condiciones el progreso técnico parece petrificar la naturaleza del hombre y de la sociedad. La naturaleza humana no es una entidad inmutable y suprahistórica: por encima del plano animal, está modelada y definida por la manera en que los hombres viven en sociedad. Esto es cierto hasta para la dimensión del instinto: la agresividad, el espíritu de rivalidad, la angustia, el sadismo, el masoquismo, se manifiestan (¿y qué queda fuera de sus manifestaciones?) según el principio de Realidad que está sujeto a modificaciones esenciales. Bajo la influencia de la sociedad se convierten en "segundas naturalezas" —pero efectivamente segundas— en la obra de una intervención que puede ser anulada. A pesar de ello, la civilización industrial avanzada dispone de recursos y técnicas que permiten satisfacerlos y que pueden estabilizar la segunda naturaleza del hombre a un grado desconocido en las etapas anteriores de la civilización. Bajo su dinámica aparente, esta sociedad es un sistema de vida absolutamente estático: avanza por sí misma por su productividad tiránica y su organización benéfica. Al defender este sistema, puede suceder que el hombre, trabajando para sí mismo, trabaje contra él mismo, de tal suerte que aun la distinción entre "para" y "contra", entre el interés verdadero y el interés inmediato, entre la verdad y la propaganda, no tiene ya sentido. Este punto es alcanzado cuando la capacidad de destrucción y de derroche del sistema se convierte en sí misma en una de sus condiciones de funcionamiento y de desarrollo.

La limitación del progreso técnico corre pareja con su desarrollo en la dirección oficial. Mientras más capaz parece ser la tecnología, a pesar de los obstáculos políticos impuestos por el *status quo*, de crear las condiciones de pacificación, más se organiza el hombre en cuerpo y alma contra esta opción. Las regiones más avanzadas de la sociedad industrial presentan estas dos características: una tendencia hacia la perfección de la racionalidad tecnológica, y los intensos esfuerzos para limitar esta tendencia al cuadro de las instituciones del *status quo*. Ahí está la contradicción interna de esta civilización: el elemento irracional que irrumpe en su racionalidad. Ésta es la marca de sus realizaciones. La sociedad que ha conquistado la tecnología y la ciencia ha sido organizada de tal manera que el hombre y la naturaleza están sometidos a una dominación siempre más productiva y sus recursos a una utilización siempre más eficaz. Se vuelve irracional en el momento histórico en que el éxito de estos esfuerzos abre una nueva dimensión de la realidad humana. Una organización de paz es diferente a una organización de guerra; las organizaciones que han servido a la lucha por la existencia no pueden servir para la pacificación de la existencia. La vida considerada

como fin es cualitativamente diferente de la vida considerada como medio.

Un modo de existencia de una calidad tan novedosa no podría ser concebido como un simple subproducto de cambios económicos y políticos, como el resultado más o menos espontáneo de nuevas instituciones, aunque estas últimas constituyan una condición previa. El fin comprende un *a priori técnico*. Esto quiere decir que el cambio cualitativo debería depender de un cambio en la base *técnica* sobre la que reposa esta sociedad y sobre la que se apoyan las instituciones económicas y políticas que estabilizan la "segunda naturaleza" del hombre. Las técnicas de industrialización son técnicas políticas: en tanto que tales, prejuzgan las posibilidades del desarrollo humano más allá de la satisfacción de las necesidades vitales, o sea que ellas prejuzgan la idea y la realidad de la Razón y de la Libertad. Es indudable que el trabajo debe preceder a la reducción del trabajo y la industrialización debe preceder a la evolución de las necesidades y satisfacciones del hombre. Pero de la misma manera que toda libertad está subordinada a la conquista de lo necesario, la realización de la libertad depende de las *técnicas* de esta conquista. La más alta productividad del trabajo puede ser empleada para la perpetuación del trabajo y la industrialización más provechosa puede servir para reducir la manipulación de las necesidades. La liberación de la tecnología exige la negación determinada del progreso técnico en sus formas establecidas, el derrocamiento de la dirección misma de este progreso. Ello implica no solamente un trastocamiento político, sino también tecnológico: el surgimiento de una nueva racionalidad tecnológica y la reconstrucción del aparato técnico de la sociedad.⁵

¹ P. W. BRIDGMAN, *The Logic of Modern Physics*. New York, 1927. Macmillan edit., pp. 5 y 31.

Se ha modificado y perfeccionado mucho la doctrina operacional desde entonces. Bridgman mismo extendió el concepto de "operación" hasta incluir en él las *paper and pencil operations* del teórico, pero el principio ha permanecido fundamentalmente igual. Bridgman que es "deseable" que las *paper and pencil operations* sean capaces, si bien de una manera indirecta, de ser conjugadas a las operaciones instrumentales.

² Philipp J. FRANK, *The Validation of Scientific Theories*. Boston, 1954. Beacon Press, capítulo II.

³ Cf. *Ibid.*, p. 78.

⁴ Theodor W. ADORNO, *Prismen, Kulturkritik und Gesellschaft*. Frankfurt, 1955. Ediciones Suhrkamp, p. 24.

⁵ Este artículo forma parte del primer capítulo de un libro consagrado a la sociedad contemporánea que aparecerá el año próximo en los Estados Unidos primero, y que trata especialmente de la *más avanzada* de las sociedades industriales.